

¿Paradigmas perdidos, paradigmas recuperados? Los estudios sobre el desarrollo en el siglo XXI

Frans J. Schuurman

Los estudios sobre el desarrollo han franqueado el umbral del siglo XXI, no sin esfuerzo. Sin embargo, su objeto de estudio –la desigualdad política, económica y social respecto del Tercer Mundo– ha brincado de siglo sin mayores obstáculos. La combinación de estas dos afirmaciones requiere explicación, lo cual constituye precisamente el eje de este trabajo.

El callejón sin salida de los estudios sobre el desarrollo, que ya se adivinaba hacia la segunda mitad de los años 1980, se consideraba bastante serio en ese entonces, a la vez que aparecían señales que mostraban el camino de una renovación teórica: la Escuela de la Regulación, ciertos avances en los campos de los estudios de género y del medio ambiente. Sin embargo, pronto quedó de manifiesto que los factores que llevaban a este callejón sin salida eran de naturaleza estructural y que, a escala global, otros acontecimientos estaban cambiando los puntos de referencia confiables –como el papel dominante del Estado-nación– que formaban parte de los marcos teóricos de los estudios sobre el desarrollo. Todo esto llevó, en los años 1990, a una proliferación de publicaciones novedosas de los estudios sobre el desarrollo (Sklair, 1991; Sachs, 1992; Schuurman, 1993; Norgaard, 1994; Booth, 1994; Escobar, 1995; Crush, 1995; Brohman, 1996; Preston, 1996; Cowen y Shenton 1996; Leys, 1996; Rahnema, 1997). Todas las posiciones paradigmáticas imaginables con respecto a la cuestión del desarrollo y el subdesarrollo fueron revisadas y etiquetadas. Éstas cubrían desde el “no desarrollo antimodernista” (Sachs), hasta “el desarrollo reflejo” (Nederveen, 1998), pasando por “el desarrollo alternativo y el posdesarrollo” (Rahnema).

El carácter de los debates en el campo de los estudios sobre el desarrollo parecía haber pasado de la teoría al paradigma. Por ejemplo, en otro tiempo los teóricos marxistas y neomarxistas discutían sobre el papel específico que el Estado debía jugar en el proceso del desarrollo. Disentían en esto, aunque coincidían en que el Estado debía al menos desempeñar un papel importante; es decir, en el nivel paradigmático concordaban en que el Estado era un importante actor del desarrollo. Hoy en día, la discusión plantea si, después de todo, el Estado debe jugar un papel en el desarrollo. Al mismo tiempo, la sociedad civil pareciera haber evolucionado de un conjunto indeterminado de unidades domésticas individuales y de recipiente social inarticulado de clases económicas y movimientos sociales desiguales, hasta convertirse en un actor maduro y articulado con un potencial sinérgico de desarrollo. Debido a lo que podría llamarse una desorientación paradigmática, los estudios sobre el desarrollo comenzaron a sufrir rezagos en la participación crítica en estas discusiones. A continuación me propongo llevar a cabo una revisión de la pérdida de los tres paradigmas más importantes en el pensamiento sobre el desarrollo de la posguerra y la consiguiente confusión paradigmática en el seno de los estudios sobre el desarrollo.

CINCUENTA AÑOS DEL PENSAMIENTO SOBRE
EL DESARROLLO: PARADIGMAS PERDIDOS

Después de la Segunda Guerra Mundial los paradigmas sobre el desarrollo compartían al menos tres características: 1) la esencialización del Tercer Mundo y sus habitantes como entidades homogéneas; 2) la creencia firme en el concepto de progreso y en la maleabilidad de la sociedad; 3) la importancia del Estado-nación como marco analítico de referencia y la confianza política y científica en el papel del Estado para lograr el progreso.

Las dos primeras características del pensamiento de posguerra sobre el desarrollo—el Tercer Mundo como entidad homogénea y la firme creencia en el progreso—constituyen el meollo del llamado desarrollismo: una suerte de pensamiento evolucionista sobre el desarrollo del Tercer Mundo, unilineal y teleológico, que como tal podía contener dos conjuntos de teorías sobre el

desarrollo aparentemente contradictorias: las teorías de la modernización y las teorías marxistas del desarrollo.

La tercera característica —el papel central del Estado en el proceso del desarrollo— era un reflejo de cómo, a partir del siglo XIX, el Estado moderno tomó paulatinamente la iniciativa en el proceso de desarrollo. Esta iniciativa alcanzó su cenit en la fase, posterior a la Segunda Guerra Mundial, de la construcción del Estado de bienestar social en el mundo industrial occidental, idea que posteriormente se exportaría al Tercer Mundo.

Empero, la historia prosigue. El desarrollo social, económico y político cambia al *Zeitgeist*.¹ Thomas Kuhn ya había observado que los paradigmas tienen una resistencia natural al cambio, si bien unos más que otros. Así, las tres características paradigmáticas del pensamiento sobre el desarrollo, cada una en su momento, han sido puestas en tela de juicio.

La esencialización del Tercer Mundo

Antes que nada, se presentó una crítica creciente a la idea de un Tercer Mundo homogéneo. Esta crítica fue una extensión de la crítica a la teoría de la dependencia, la cual, en su versión más popular, no permitía explicar la diversidad de experiencias de desarrollo entre los países del Tercer Mundo. El papel de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en la crisis de comienzos de los años 1970, el éxito económico de los *tigres* asiáticos en comparación con la continuación de la pobreza extrema en África, el regreso de las dictaduras militares en diversos países de América Latina (que se veía

1. [Debe llevar asterisco, no número] NB. En la mayoría de los contextos la palabra alemana *Zeitgeist* se usa tal cual, como es el caso con otras de parecido cuño sintético (*Weltanschauung* o *Festschrift*). Lo que hace difícil su traducción es que el alemán es una lengua que favorece el uso de adverbios y nombres, mientras que las lenguas latinas juegan más con verbos y adjetivos. Así, en este caso se usan frases como “se respira”, “está en el aire”, etcétera, donde la forma verbal predomina, mientras que los alemanes se inclinan por sustantivos como *Geist* (“espíritu”). En ocasiones se traduce como “espíritu del tiempo”, pero suena raro en castellano. El problema con el sustantivo *Geist* es su estirpe metafísica, que puede hacer pensar que existe una especie de ente sobrenatural o al menos sobreimpuesto al orden social, que sería justamente ese tal espíritu del tiempo (FLC).

como una especie de regresión política), todo esto, se pensaba, era prueba fehaciente de que el Tercer Mundo no constituía una categoría homogénea para ser considerada por una sola teoría sobre el desarrollo, por sí misma deducida de un paradigma muy cuestionable de la teoría de la dependencia.

Hacia finales de los años 1980, esta crítica de la pretendida homogeneidad del Tercer Mundo, en tanto que concepto, se vio reforzada por la crítica posmoderna del esencialismo de diversos conceptos del discurso modernista, crítica que fue planteada por escritores posmodernos como Foucault y Derrida. La consecuencia última de este ejercicio crítico, llamado “deconstrucción”, fue que la investigación social ya no era posible. A fin de llevar a cabo la investigación social, los científicos necesitan conceptos abstractos pero, de acuerdo con la crítica posmoderna, estos conceptos son proyecciones de la mente subjetiva de un determinado científico o bien fruto de las experiencias compartidas de un grupo de encuestados que fueron consideradas irreales y manipuladas.

Esto llevó a una situación en la cual, dentro del campo de los estudios sobre el desarrollo, muchos investigadores comenzaron a mostrarse dudosos en lo tocante a aclarar su campo de actividades –el estudio de la desigualdad en el Tercer Mundo– con el fin de evitar ser tildados de esencialistas o, de lo contrario, se volcaron a favor de la noción vaga, pero relativamente segura, de “la diversidad dentro de las experiencias de desarrollo en el Tercer Mundo”. A su vez, esto llevó a la delicada situación en la cual, en un nivel paradigmático, se produjo una suerte de cambio: de hacer hincapié en la desigualdad se pasó a destacar la “diversidad”, si bien esto no condujo a una elaboración paradigmática posterior ni a la traslación necesaria a teorías sobre el desarrollo de índole verificable y factible.

El fin de la creencia en el progreso

En los años 1990, la desaparición de la creencia en el progreso se tradujo, por un lado, en la multiplicación de diferentes versiones posmodernas del pensamiento sobre el no desarrollo y, por otro, en la idea de la sociedad de riesgo. En los años 1980, se extendió el pesimismo sobre las posibilidades del desarrollo, dado que el abismo entre los países pobres y ricos continuaba

agrandándose: en aquellos lugares donde se había dado un crecimiento económico, éste había tenido efectos catastróficos sobre el medio ambiente, y el fin del socialismo real había eliminado las trayectorias de desarrollo de inspiración socialista de las agendas políticas y académicas.

Una versión temprana del pensamiento posmoderno, de hecho el no desarrollo antimoderno, fue introducido por Wolfgang Sachs (1992: 1) en los términos siguientes: “... el discurso del desarrollo continúa saturando no sólo las declaraciones oficiales *sino también el lenguaje de los movimientos populares*. Es tiempo de dismantelar esta estructura mental” (cursivas propias).

Si los movimientos populares manejaban un discurso en el cual ejercían su derecho a acceder al proceso de desarrollo, fueron amonestados por los autores del *Diccionario del Desarrollo* e implícitamente fueron acusados de tener una falsa conciencia, inculcada por el bombardeo constante de “imágenes falsas” proporcionadas por los medios masivos controlados por Occidente. La etiqueta de subdesarrollo, que los autores atribuyen a unas declaraciones del presidente Truman hechas en 1949, llevó al “arrogante intervencionismo del Norte y a una patética autocompasión en el Sur” (Sachs, 1992: 2). En su introducción, Sachs considera obsoleto el concepto de desarrollo, debido a que: 1) la creencia en la tecnología llevó, y lleva cada vez más, al desastre ecológico; 2) el concepto de desarrollo fue un arma ideológica en el conflicto Este-Oeste, que ya no existe. No hay necesidad de encontrar aliados ideológicos en el Sur sobre la base de un proyecto para el cual los Estados Unidos servían de modelo; 3) el abismo de bienestar social entre el Norte y el Sur se está incrementando en vez de disminuir, a pesar de las promesas del discurso sobre el desarrollo; 4) el desarrollo conlleva una pérdida de diversidad, algo sumamente pernicioso.

A pesar de que estos puntos, salvo el último, tienen sentido, aún queda un largo camino por recorrer para deshacerse de los conceptos de desarrollo y progreso. La introducción de Sachs continúa enumerando conceptos relacionados con el discurso del desarrollo, tales como la pobreza, la producción, la igualdad, el nivel de vida, etcétera, los cuales, en los diversos capítulos de su libro, se ven reducidos a un papel de meros reforzadores de la visión del mundo occidental y portadores de violencia. Finalmente, la introducción ofrece al lector “una ventana a otras maneras de ver el mundo

y a vislumbrar las riquezas y bendiciones que sobreviven en culturas no occidentales a pesar del desarrollo” (Sachs, 1992: 4).

Versiones ulteriores del pensamiento posmoderno también reflejan ideas antimodernas similares (por ejemplo, Rahnema, 1997), relegando el progreso y el desarrollo a conceptos del siglo XX desechados, los cuales más vale dejar atrás al entrar al tercer milenio. La noción occidental de progreso sólo producirá más contaminación del medio ambiente, dado que significa industrialización; provocará la destrucción de las raíces culturales de los pueblos indígenas exponiéndolos, como víctimas desprotegidas, a un capitalismo global explotador, el cual, a través de la manipulación de los medios masivos de comunicación, los anima a consumir productos chatarra por razones equivocadas con dinero que no tienen. Sin embargo, las alternativas defendidas por los pensadores del posdesarrollo exhiben un contenido estilo “New Age” bajo la guisa de Tercer Mundo.

Otras dos variantes de la pérdida de la creencia en el progreso con un sello más *fin de siècle* se encarnan en el concepto de sociedad de riesgo, y en la súbita popularización de autores “apocalípticos”. Las voy a abordar de manera sucinta a fin de aclarar el panorama en torno al paradigma perdido del progreso.

La transición al siglo XXI y, más aún, el cambio de milenio, trajo consigo una serie de tratados filosóficos sobre la “conciencia moral” con la cual la humanidad dejó atrás el siglo XX. No se trata de publicaciones festivas; algunas conllevan las nociones de “apocalipsis” (Bull, 1995) o de “traición” (Norgaard, 1994). Samuel Huntington, Eric Hobsbawm y Robert Kaplan son autores bien conocidos que personifican, en diverso grado y por diferentes razones, este pesimismo finisecular. Ya en su artículo de 1993, “El choque de civilizaciones” (posteriormente publicado como libro), Huntington instaba a Occidente a desistir de sus ilusiones universalistas y a no inmiscuirse en los conflictos regionales de otras partes del mundo. Si Occidente, y en particular Estados Unidos, no se adhiere al principio de relativismo cultural en política internacional, va a ocurrir de manera inevitable un “choque de civilizaciones”. Hobsbawm (1994) encuentra una explicación de la crisis moral de fin de siglo en la victoria final del materialismo individualista, que ha llevado a la degradación de las tradicionales redes de solidaridad humana. Este vacío moral resulta en un caos, que se ve completado por el asalto

de una economía global que deja al Estado-nación virtualmente inerme. Sin embargo, Huntington y Hobsbawm son medianamente optimistas en comparación con Robert Kaplan. En su artículo de 1994, “La anarquía que se avecina” (más elaborado posteriormente y publicado como libro), Kaplan lleva al lector a un recorrido por África occidental, en el que ofrece un panorama de total caos político y social. Jefes paramilitares y bandidos organizados pelean unos con otros por los escasos recursos, mientras que los centros urbanos están presididos por la corrupción, la delincuencia, las enfermedades, la sobrepoblación y una contaminación gigantesca. Esta anarquía criminal regional alcanza finalmente niveles globales. Según Kaplan, el fin de la Guerra Fría no llevó al “fin de la historia” sino, por el contrario, inauguró un periodo en el que las relaciones internacionales estarán dominadas por el caos.

Los estudios *fin de siècle* de estos autores posiblemente sean un tanto extremistas pero no los considero atípicos. En cualquier caso, el ambiente pertinente reciente ha sido decididamente más pesimista que el imperante durante la transición del siglo XIX al XX. Desde luego, al final del siglo XIX, existían serias dudas sobre lo que el siglo XX depararía, pero prevalecía el optimismo, sobre todo la confianza en las maravillas del progreso tecnológico. Al final del siglo XX y hasta hoy, es justamente el miedo a las consecuencias inesperadas del progreso tecnológico lo que ha provocado y provoca aún este efecto paralizante sobre la capacidad de imaginar futuros escenarios positivos.

En 1986, el sociólogo alemán Ulrich Beck (al cual se unieron posteriormente Anthony Giddens y Scott Lash) introdujo el término “sociedad de riesgo”. Este término parece alentar un sentimiento generalizado de pesimismo *fin de siècle*, una impresión de que carece de sentido mirar hacia adelante, planear, debido a la influencia creciente de las inesperadas consecuencias que la maquinaria del crecimiento tecnológico ejerce sobre nosotros (Beck, 1994). Como resultado, la acción humana, a pesar de la capacidad reflexiva moderna que permitiría a los actores humanos hacer frente a las crisis globales, aparentemente se ve desvalorizada por este enfoque, con conceptos como el progreso y la emancipación virtualmente descartados. Además, la noción de sociedad de riesgo global parece ser un típico ejemplo del pensamiento etnocéntrico europeo, puesto que la mayoría

en el Tercer Mundo nunca ha conocido otra sociedad que la sociedad de riesgo; volveré sobre este punto más adelante.

Así pues, en las últimas dos décadas del siglo XX, el progreso, en tanto que una de las nociones más básicas y presentes de la modernidad, finalmente se encuentra con una gran oposición, si bien dispersa, de fuentes antimodernistas y pos-desarrollistas, de los “jinetes del Apocalipsis”, *fin de siècle*, y del eje anglo-germano de los teóricos de la “modernización refleja” que introducen la noción de sociedad de riesgo.

El fin de la creencia en el papel del Estado

No llevó mucho tiempo para que tomara forma la crítica a la tercera característica común del pensamiento sobre el desarrollo de la posguerra: el papel central del Estado en las teorías sobre el desarrollo. El posmodernismo gozó de su casi hegemónica popularidad sólo por un tiempo, debido a la aparición en escena de otra palabra de moda a fines de siglo: la globalización. A fin de entender el impacto que el concepto de globalización tuvo en los estudios sobre el desarrollo, es importante, primero, tomar en cuenta la importancia del concepto del Estado (nación) en las teorías de las ciencias sociales. Muchas de estas teorías aluden directa o indirectamente al Estado y al Estado-nación. En sí, esto no resulta extraño. La construcción del Estado-nación en Occidente y la mayoría de edad de las ciencias sociales fueron procesos simultáneos, incluso interrelacionados. Las teorías económicas se enfocaban en el desempeño del mercado nacional o en las relaciones económicas entre naciones. En ciencias políticas, el papel del Estado y el proceso de construcción nacional se convirtieron en objeto de estudio fundamental. En los estudios culturales, la noción de identidad nacional fue clave para la comprensión de las diferencias entre culturas.

No es de sorprender que, al menos en un nivel paradigmático, el Estado (nación) también jugara un papel clave en los estudios sobre el desarrollo, al tratarse de una ciencia social interdisciplinaria. La importancia del Estado resulta clara en las teorías de la modernización, las teorías de la dependencia y aun en las teorías del sistema mundial.

Hoy en día, la globalización ha transformado todo eso. No cansaré al lector con una larga exposición de las diferentes posiciones tomadas en torno al debate de la globalización. En otro lugar (Schuurman, 1997) he dejado constancia de al menos nueve posiciones en el debate sobre la globalización, que van desde “la globalización indica un nuevo periodo histórico, no sabemos exactamente cómo describirlo porque todavía carecemos del vocabulario adecuado, dado que nuestros conceptos son aún vestigios del periodo anterior de la modernidad”, hasta el extremo, según el cual “si alguna vez hubo algo parecido a la globalización, en ese caso ya está superado y ha quedado atrás, puesto que ahora hemos entrado a un periodo de creciente fragmentación y desglobalización”.

Sea como fuere, numerosos participantes en el debate sobre la globalización parecen convenir en la disminución de la importancia económica, política y cultural del Estado (nación). El papel central del Estado, se afirma, está siendo horadado desde arriba y desde abajo. En un sentido político, se nota la creciente importancia de las organizaciones políticas internacionales, las cuales intervienen política e incluso militarmente en Estados particulares. De esta manera, relegan al pasado las reglas escritas y no escritas sobre la soberanía del Estado (nación) y de su monopolio en la utilización de la violencia institucionalizada dentro de sus fronteras, lo cual ha sido un elemento inveterado en la definición del Estado. El Estado nacional está siendo horadado desde abajo por el creciente fenómeno del gobierno local, el cual parece haberse convertido en *el* ejemplo de lo que un buen gobierno debe ser. En otros ámbitos, el Estado percibe su desaparición progresiva como actor económico a través de la privatización apoyada en la desregulación. Por añadidura, está la creciente importancia de los mercados financieros globales en los cuales se mueven, cada día, cerca de 1 500 billones de dólares en todo el mundo.

En el ámbito cultural, la idea de identidad nacional como elemento clave en la formación de la identidad de los individuos o grupos está siendo rápidamente vaciada de contenido, por un lado, en favor del cosmopolitismo y, por otro, gracias al reforzamiento de las identidades étnicas, regionales y religiosas.

Dado que el Estado ha desempeñado siempre el papel central en las teorías sobre el desarrollo, no es difícil imaginar el impacto que el debate sobre la globalización ha tenido en los estudios sobre el mismo. El punto

muerto en las teorías sobre el desarrollo que se advertía a mediados de los años 1980, adquirió dimensiones paradigmáticas en los años 1990. Sin embargo, es muy probable que el llamado punto muerto en las teorías sobre el desarrollo no fuera sino una crisis paradigmática desde el inicio. En los estudios sobre el desarrollo ha resultado siempre difícil separar las teorías de los paradigmas debido a su fuerte orientación normativa.

¿PARADIGMAS RECUPERADOS?

Tres paradigmas del pensamiento sobre el desarrollo de la postguerra han perdido su carácter hegemónico en el campo de los estudios sobre el desarrollo. ¿Es algo lamentable? ¿Debemos deplorar que los estudios sobre el desarrollo hayan pasado de una crisis teórica a una crisis paradigmática, la cual ha llevado a algunos a reemplazar los estudios sobre el desarrollo por algo llamado “estudios globales”? La respuesta depende en gran medida de si, para empezar, las críticas estaban justificadas, y, si así fuera, dependería de si el posmodernismo, el posdesarrollo y la globalización son capaces de ofrecer paradigmas nuevos y estimulantes que satisfagan las explicaciones de los estudios sobre el desarrollo. Permítaseme abordar brevemente esta cuestión en referencia a cada uno de los paradigmas perdidos.

Diversidad versus desigualdad

La misma discusión acerca de los peligros de dar un carácter esencialista al objeto de estudio tuvo lugar en el campo de los estudios de género. Resulta ilustrativo para los estudios sobre el desarrollo seguir de cerca dicha discusión. Los estudios de género son una rama de las ciencias sociales que es afín a los estudios sobre el desarrollo, básicamente por dos razones. Primero, la explicación de los estudios de género comparten con los estudios sobre el desarrollo una preocupación normativa sobre la falta de emancipación de grandes grupos de gente. Segundo, los estudios de género comparten con los estudios sobre el desarrollo algunas de las metateorías marxistas y neo-marxistas que posteriormente han recibido fuertes críticas. Según Martin (1994: 631), sucedió en los estudios de género lo siguiente:

En el intento por evitar las trampas del esencialismo, el ahistoricismo y las falsas generalizaciones, las teorías feministas cayeron en la trampa opuesta, si bien igualmente peligrosa. Al compensar en extremo nuestro fracaso en reconocer las diferencias de raza, etnicidad y clase, tendimos *a priori* a otorgar una posición privilegiada a un conjunto predeterminado de categorías analíticas y a afirmar la existencia de nada más que la diferencia. En otras palabras, al tratar de evitar el error de la falsa unidad, caímos en la trampa de la falsa diferencia.

Durante los años 1980, los investigadores (investigadoras) feministas se dieron cuenta, en respuesta a una crítica consistente respecto de los feministas del Sur, que hablar acerca de mujeres ocultaba la diferencia y, por tanto, debía prestarse mayor atención a las diferencias en la posición y experiencias de mujeres negras, blancas, lesbianas, etcétera. Sin embargo, como lo señala Martin, el problema entonces es que las diferencias sustanciales dentro de la categoría de mujeres negras, en el caso del Caribe, por ejemplo, no son tomadas en cuenta. Pero entonces, si se siguiera esta línea de razonamiento, se terminaría con una graduación interminable de diferenciación entre las mujeres. Martin concluye su lúcido artículo haciendo hincapié en que la diferenciación y la categorización de un grupo de estudio deben estar en consonancia con las propuestas teóricas y prácticas de la investigación particular. Como tal, destaca la autora, las categorías sociales utilizadas en la investigación deben tener en cuenta el tiempo, el espacio, el contexto y el propósito de la investigación.

Stanley y Wise (1990) desarrollan un argumento similar y señalan que el temor a la exclusión y al ostracismo académico y político ha llevado a los estudios feministas a reemplazar el estudio de la mujer por el estudio de género. Según estos autores, los estudios de género son una segunda versión empobrecida y apolítica del feminismo, semejante a estudiar las relaciones entre razas en lugar del racismo y la colonización.

Considero que el mensaje enviado por Martin, así como por Stanley y Wise, es sumamente relevante para cualquiera que pugne por recuperar una esfera de influencia significativa para los estudios sobre el desarrollo. Éstos, al igual que los estudios de género, han de evitar las falsas generalizaciones causadas por las falacias esencialistas, pero la respuesta no se encuentra enterrándonos en la

trampa del no esencialismo. Esto último sólo lleva a un análisis despolitizado y no emancipador, e incluso anti-emancipador, de un sinfín de diferencias entre los países del Tercer Mundo e incluso al interior de éstos.

Si bien soy sensible a los reclamos de que en el pasado las voces del Tercer Mundo fueron silenciadas por un enfoque eurocéntrico relativo con el problema del desarrollo, no tengo la impresión de que el estudio de la interminable diversidad del Sur contribuya en nada a aligerar la pobreza experimentada (y verbalizada en estos términos) por tanta gente en el Tercer Mundo. En ese sentido no soy particularmente sensible a las críticas levantadas en contra del concepto de emancipación, por resultar una –por así llamarle– noción de la Ilustración, desacreditada por el posmodernismo. Una noción de justicia universal, si bien sensible al contexto, continúa siendo mucho más atractiva para recuperar un margen de acción normativo y político progresista para los estudios sobre el desarrollo, que cualquier intento de inspiración posmoderna en esa dirección.

La esencia misma de los estudios sobre el desarrollo es una preocupación normativa para los pobres, marginados y explotados pueblos del Sur. En este sentido, la *desigualdad*, más que la *diversidad* o la *diferencia*, debería ser el principal enfoque de los estudios sobre el desarrollo: la desigualdad de acceso al poder, a los recursos, a una existencia humana, es decir, desigualdad de emancipación. No cabe duda de que existen numerosas formas, experiencias y estrategias para afrontar la desigualdad, que merece formar parte integral del campo de acción de los estudios sobre el desarrollo. Tampoco cabe duda que la globalización contribuirá a la aparición de nuevas formas de desigualdad y de resistencia. Sin embargo, la desigualdad como tal debiera ser el principal objetivo en las explicaciones ofrecidas por los estudios sobre el desarrollo.

Se dice que una mayor atención a la diversidad y, por consiguiente, un enfoque de la realidad menos esencialista lleva a una mayor tolerancia. Así debería ser, pero la tolerancia no necesariamente es lo mismo que la solidaridad (internacional). La tolerancia es algo más que la tradición humanista en los estudios sobre el desarrollo, con profundas raíces en la Ilustración. Existe tan sólo una línea muy fina entre la tolerancia (en el sentido de aceptar la diversidad) y el relativismo cultural, conforme al cual nos toleramos mutuamente pero sin tener nada que decirnos unos a otros.

Sería lamentable que el acento en la desigualdad se trasladara a la diferencia y a la diversidad, aun a costa de terminar con la solidaridad internacional.

Progreso versus administración del riesgo

La solución al subdesarrollo, tal como ha sido propuesta por la mayoría de los autores en la tradición posmoderna/antimoderna, a menudo resulta asombrosamente ingenua en su simplicidad: por ejemplo, los pobres del Tercer Mundo deben olvidarse de tener necesidades similares a nuestras propias necesidades. Dejémosles renunciar al deseo de un nivel de vida como el que tiene el Norte, dejémosles renunciar a una casa decente, al acceso a cuidados médicos, al empleo, etcétera. Porque estas necesidades los llevarían a un proceso de desarrollo con todo y sus connotaciones negativas. Llevado esto a sus últimas consecuencias, tenemos la visión de antiguos trabajadores del desarrollo que, después de haber sido desprogramados y luego reprogramados con la actitud correcta, regresan al campo con el fin de ayudar a los pobres del Tercer Mundo a que se olviden de las necesidades de corte “primermundista”.

Justo en el preciso momento en que la escasez de los recursos naturales está siendo aceptada en el ámbito internacional –si bien a un ritmo muy lento–, el círculo de autores antimodernos, posmodernos y antidesarrollo nos recomiendan olvidar por completo la noción de escasez, dado que forma parte de una estrategia para imponer la lógica capitalista sobre aquéllos que no la necesitan. Más aún, a los pobres del Tercer Mundo se les aconseja que se aparten del mercado y traten de comerciar por medio de otros canales, que organicen su propia educación, no utilicen la medicina occidental, ni fertilizantes artificiales o pesticidas –sólo siembra intercalada de dos productos–, y que no se fijen metas ilimitadas si disponen de medios limitados.

Sin embargo, tengo la impresión, a juzgar por los mensajes transmitidos por numerosos movimientos sociales en el Tercer Mundo, que los campesinos e indígenas del Sur suelen estar muy interesados en obtener precios justos por sus productos, y en gozar del acceso a educación bilingüe, electricidad, transporte y a cuidados médicos adecuados. De hecho, muchos movimientos sociales y organizaciones de base en el Sur exigen a sus

gobiernos la inclusión en el proceso de desarrollo y no ser tratados como ciudadanos de segunda clase. Numerosas ONG, tanto en el Sur como en el Norte, apoyan a estos grupos en sus justos reclamos de plena ciudadanía y participación política. El hambre y las tasas elevadas de mortalidad y morbilidad en el Tercer Mundo no desaparecerán solamente con cambiar la perspectiva subjetiva de las personas involucradas.

Además, el concepto de sociedad de riesgo no ha quedado exento de críticas en el Norte con respecto a su valor para los países desarrollados, sin mencionar su relevancia para los pobres del Sur. Frank Füreedi (1996), de la Universidad de Kent, es uno de los estudiosos progresistas interesados en el tema, que critica los conceptos de modernización refleja y conciencia de riesgo. En primer lugar, Füreedi critica la idea de que el riesgo global sea algo nuevo, uno de los efectos secundarios o tal vez incluso una de las características constitutivas de la fase de globalización post-fordista. Denuncia esto como una visión muy etnocéntrica y ahistórica al señalar los riesgos que los pueblos colonizados forzosamente tuvieron que sufrir gracias a la expansión del capitalismo occidental. En cuanto a estos pueblos indígenas, la suya ha sido una sociedad de riesgo desde la penetración del colonialismo.

En segundo lugar, le parece muy oportunista salir ahora con un concepto como sociedad de riesgo global, justo en el momento en que los riesgos, que el Norte ha podido siempre exportar al Sur, comienzan a ser una amenaza también para las naciones industrializadas. La tercera objeción de Füreedi es que el concepto de sociedad de riesgo invoca la imagen de riesgos extendidos de manera uniforme. Apuntar las dimensiones globales de los riesgos no elimina el hecho de que ciertas naciones –o más específicamente ciertas categorías de gente– están más expuestas al riesgo que otras. El riesgo se halla distribuido de manera desigual desde la perspectiva de la geográfica y la sociología, y pensar lo contrario desvía la atención de la imperiosa necesidad de hacer proyectos emancipadores dirigidos a las menesterosas clases globales.

Por último, el concepto de sociedad de riesgo menosprecia el poder de la acción humana y sobreestima la (aparente) dinámica autónoma de la tecnología que nos llevaría a todos sin ambages al apocalipsis. En relación con las objeciones previas, esto significa que la acción social colectiva para luchar en contra de la distribución desigual del riesgo debe considerarse carente de sentido, dado que

el cambio social sólo puede ser consecuencia de desarrollos tecnológicos. Por lo tanto, en una sociedad de riesgo estamos condenados a continuar huyendo de un estado de pánico a otro. Los proyectos de emancipación colectiva se ven relegados a los márgenes de un panorama global más amplio.

Los adherentes de la sociedad de riesgo proponen una nueva moralidad auto-restrictiva. Sin embargo, no parece probable que la administración del riesgo a través de la auto-restricción sea una perspectiva más atrayente para los pobres del Tercer Mundo que la noción de progreso.

Habiendo llegado al siglo XXI, la noción de progreso parece haber perdido gran parte de su posición hegemónica en los estudios sobre el desarrollo. Empero, los enfoques alternativos no han sido capaces de reconstruir la cadena paradigma-teoría-práctica en un forma ampliamente aceptada por los estudios sobre el desarrollo, a semejanza de como lo hiciera el concepto de progreso, ni lo han incorporado en los estudios sobre el desarrollo.

Estado versus sociedad civil

El papel fundamental del Estado (nación) ha perdido su centralidad en favor de la sociedad civil, el gobierno local, o una combinación de los dos. Dondequiera que el Estado nacional en los países del Tercer Mundo ha fracasado en institucionalizar la democracia y echar a andar un desarrollo económico decente, se supone que ahora el gobierno local puede hacerlo sobre la base de una colaboración sinérgica de los actores de la sociedad civil y con representantes del capital nacional e internacional. El “buen gobierno” en nuestros días ya no está asociado a la vieja imagen del Estado de bienestar, sino a nuevas formas de sinergia local entre los actores económicos, políticos y culturales.

Resulta de sumo interés observar cómo los desarrollos en las ciencias económicas, políticas y culturales reflejan este alejamiento del papel central del Estado-nación. En las ciencias económicas podemos detectar el rápido aumento de interés en la sociología económica: por ejemplo, la idea de que la lógica económica tiene más bases socio-culturales de lo que se hubiera pensado. En las ciencias políticas, se pone el acento cada vez más en el gobierno local, y los estudios culturales se concentran en nuevas formas

híbridas de construcción de la identidad. Muchos de estos nuevos desarrollos convergen en el estudio de la sociedad civil. Por añadidura, los proyectos de desarrollo nacional e internacional tienden a concentrarse cada vez más en el fortalecimiento del papel de la sociedad civil.

Me gustaría hacer unos breves comentarios sobre estos tres temas: la noción sobreentendida en la globalización en lo tocante al retiro del Estado, el potencial emancipador del gobierno local y la importancia de la sociedad civil.

En un lúcido ensayo sobre las fases históricas de la globalización, Deepak Nayyar (1997) considera ingenuo eliminar al Estado-nación como un actor clave en el juego de la globalización, a pesar de que, en la fase imperial de la globalización, el Estado-nación desempeñó un papel más importante (económico y político) que en la actualidad. El Estado-nación, afirma Nayyar, continúa siendo importante en términos políticos y estratégicos. A su juicio, la fuerza militar de los poderes imperiales de entonces solía fijar las reglas del juego, en contraste con el mundo actual en el que domina la influencia política del Estado-nación (“respaldar las reglas impuestas por las corporaciones transnacionales, los bancos, etcétera”). En este punto, Nayyar ofrece un marcado contraste con alguien como Martin Shaw (1996), quien cree que la fuerza militar todavía define las relaciones entre los Estados y “por consiguiente, los parámetros del sistema mundial de poder, y que la noción de debilitamiento paulatino del Estado (nación) en una era de globalización se ha centrado en exceso en las definiciones económicas y culturales del Estado-nación”.

Rajni Kothari (1997: 234) adopta una posición intermedia cuando lanza la siguiente idea:

El nuevo marco del capitalismo descansa en una transición del modelo político-militar de administración y dominación internacional (la fase del “imperialismo”) a un sistema tecnofinanciero de integración global (a diferencia del internacional) en un mercado mundial incluyente... [Esto lleva a] la erosión de una estructura estatal de interacciones nacionales e internacionales

No le parece lógico a Kothari ver el cambio de la base de poder de lo político-militar a lo tecnofinanciero como una señal de la debilidad del Estado. Por el

contrario, pareciera que es una forma más sutil de control. En otras palabras, la definición del Estado requiere ser actualizada.

Nayyar, Shaw y Lothari siguen una línea de razonamiento que sitúa al Estado (nación) por encima de todo, como resultado de la expansión espacial o de la concentración del comercio y la inversión. Jan-Aart Scholte (1995) mantiene un punto de vista diferente. Define la globalización como la dimensión supraterritorial de la vida social, y luego discute la globalización en términos de la naturaleza de la identidad colectiva, puesto que, al menos para este autor, la identidad es crucial en las relaciones sociales. Según Scholte (1995)

Antes de la embestida del Estado-nación decimonónico, las relaciones sociales se concentraban en los lugares territoriales inmediatos. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XIX, el principio de nacionalidad se volvió dominante en la construcción de la identidad. Esto, al mismo tiempo, significó la supresión de todas las formas alternativas de identidad que se apoyaban en dimensiones diferentes (regional, religiosa, etcétera), dimensiones suprimidas que ahora, en la era global, comienzan a “florecer” de nuevo, algunas veces con consecuencias desastrosas (las luchas étnicas en África, las secesiones nacionalistas en los Balcanes, los fundamentalismos religiosos en el África meridional/Argelia): de hecho, formas “premodernas” de identidad que emergen en una era global.

El meollo de la cuestión que Scholte plantea es si estas formas “pre-modernas” de identidad son un anacronismo temporal, que hace su aparición en una era en que el capitalismo global y la modernidad se están reconstruyendo a sí mismos y están creando vacíos ideológicos temporales (debido al final de la Guerra Fría, la usual inseguridad *fin-de-siècle*, etcétera) o si son heraldos de un nuevo tipo o estrategia de emancipación en una era global.

A juicio de Scholte, buena parte del capitalismo actual se halla todavía ligado a las empresas nacionales, la moneda nacional y los mercados nacionales. Además, las luchas étnicas y los movimientos indigenistas tienden a reproducir un sentimiento nacional en una escala más reducida. Por lo tanto, concluye Scholte, “la globalización también va de la mano de la re-nacionalización”. La globalización no busca eliminar naciones, sino complicar la construcción de identidades colectivas, lo que lleva a una hibridación y, como tal, según Scholte, la globalización es un rasgo clave de modernidad tardía.

Así pues, no hay muchas razones para suponer que el papel del Estado llegó a su fin debido a la globalización. Por el mismo motivo, el tema del gobierno local debe ser manejado con cuidado. La idea de gobierno local es decididamente una noción occidental, que se halla estrechamente ligada a la historia del capitalismo en el Occidente, el cual alcanza su fase post-fordista a partir de mediados de los años 1970, durante la cual el papel del Estado se ve cada vez más como un obstáculo para el desarrollo económico. Ahora que numerosos países del Tercer Mundo se encuentran en una fase de transición a la democracia, las nociones de gobierno local y autonomía local alimentan la retórica política nacional y continuamente son utilizadas como fachada política. A menudo resulta oportuno olvidar, por ejemplo, que ideas como gobierno local o autonomía local presuponen una fase de construcción de nación allí donde antes una sociedad civil ha echado raíces firmes. Hubo también una fase de capitalismo de bienestar durante la cual el Estado proveía una red de seguridad para aquellos que corrían el riesgo de quedarse al margen. Ahora, los gobiernos locales en el Tercer Mundo corren el riesgo de volverse víctimas del capitalismo organizado globalmente; debido a que sus redes de seguridad política y económica no han sido aún construidas, sus sociedades civiles son débiles, puesto que no fueron precedidas por un proceso de construcción de nación ni por una fase de capitalismo de bienestar. Es lamentable que, en el momento en el que muchos países del Tercer Mundo están finalmente comenzando a liberarse de los regímenes no democráticos, el Estado nacional se vea despojado de su importancia.

¿Puede la responsabilidad a favor de la emancipación humana pasar de manos del Estado a la sociedad civil? ¿Puede el papel paradigmático del Estado ser reemplazado por el de la sociedad civil? Comunitaristas como Amitai Etzioni (1997) parecieran creerlo así, al menos en el mundo desarrollado. Un punto importante a señalar es que la noción de sociedad civil está muy reificada. Se presenta como una especie de actor con suficiente influencia para involucrarse en una relación sinérgica con el gobierno local. No quisiera en este punto llevar al lector a una discusión sobre el pro y el contra del concepto de sociedad civil. Lo importante es hacer notar que, en el contexto de los estudios sobre el desarrollo, el concepto de sociedad civil ya ha sido plasmado en proyectos con el fin de respaldar la transición a la democracia en países

otrora desgarrados por la guerra, como Guatemala, regímenes no democráticos, como Sudáfrica, y países anteriormente comunistas, como Croacia.

Sin embargo, el entusiasmo desplegado a favor de la noción de sociedad civil como un nuevo paradigma no se ha visto correspondido con una elaboración de sus dimensiones teóricas. Un punto focal en el intento de dotar a la sociedad civil de “manos y pies” parece ser la noción de capital social. Según Robert Putman (1993) y Francis Fukuyama (1996), la construcción de una sociedad civil con el tipo “adecuado” de capital social (que conduce, por ejemplo, a la democracia y al desarrollo económico) es un proceso dependiente de una trayectoria histórica. Si estos autores están en lo correcto, quedan en entredicho los intentos actuales de ayudar a los países del Tercer Mundo a construir una sociedad civil con el tipo correcto de capital social. En cualquier caso, sería muy prematuro para los estudios sobre el desarrollo reemplazar la importancia paradigmática del Estado por la de la sociedad civil.

Conclusiones

Los estudios sobre el desarrollo, como parte de las ciencias sociales en el periodo de la posguerra, han recibido su cuota de crítica a sus paradigmas centrales: mejor dicho, recibieron más rechazo de la cuenta debido a su carácter normativo e interdisciplinario. Algunos de estos paradigmas parecían haber sido perdidos por completo y, a partir de los años 1980, el perfil de lo que vendría a conocerse como un callejón sin salida en los estudios sobre el desarrollo se hizo claramente visible. Cuando en la siguiente década el concepto de globalización irrumpió en las instituciones académicas y políticas, parecía que los estudios sobre el desarrollo no lograrían pasar a la siguiente centuria. Su sustituto, los estudios globales, parecía estar listo. Sin embargo, los estudios sobre el desarrollo han franqueado el umbral del milenio, si bien, admitámoslo, sin dar un gracioso salto.

Espero que este artículo haya mostrado de dónde vienen las críticas de los paradigmas fundamentales de los estudios sobre el desarrollo, y que los paradigmas alternativos brillan por su ausencia o son poco atractivos desde el punto de vista de la emancipación, en el sentido empleado en este texto. Ello no

significa que los estudios sobre el desarrollo debieran echar en saco roto estas críticas. El desafío para los estudios sobre el desarrollo estriba en restablecer su relevancia perdurable para el estudio y la comprensión de los procesos de exclusión, emancipación y desarrollo, no aferrándose a sus atesorados paradigmas de antaño sino incorporando de modo creativo el nuevo *Zeitgeist* sin renunciar a sus bases normativas, es decir, la conciencia de que sólo con una moral universal de justicia habrá un futuro para la humanidad.*

Traducción del inglés de Carmen Llerenas

REFERENCIAS

Beck, Ulrich *et al.*

1994 *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order.* Cambridge: Polity Press.

Booth, David (ed.)

1994 *Rethinking Social Development.* Harlow: Longman Publishing Group.

Brohman, John

1996 *Popular Development. Rethinking the Theory and Practice of Development.* Oxford: Blackwell.

Bull, Malcom

1995 *Apocalypse Theory and the Ends of the World.* Oxford: Blackwell.

Cowen, Michel y Robert W. Shenton

1996 *Doctrines of Development.* Londres: Routledge.

* Tomado, con autorización del autor, de Third World Quarterly 21 (1) 2000, pp. 7-20.

- Crush, Jonathan
1995 *Power of Development*. Londres: Routledge.
- Escobar, Arturo
1995 *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Etzioni, Amitai
1997 “The end of cross-cultural relativism”, *Alternatives*, 22: 177-189.
- Fukuyama, Francis
1996 *Trust. The Social Virtues and the Creation of Prosperity*. Nueva York: Free Press.
- Füredi, Frank
1996 “Risk-consciousness, the escape from the social”, lecture at the Conference on The Direction of Contemporary Socialism. University of Sussex, 26-28 de abril.
- Hobsbawm, Eric
1994 *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*. Londres: Michael Joseph.
- Huntington, Samuel P.
1993 “The clash of civilizations?”, *Foreign Affairs*, 73: 22-49.
- Kaplan, Robert D.
1994 “The coming anarchy. How scarcity, crime, overpopulation, tribalism, and disease are rapidly destroying the social fabric of our planet”, *Atlantic Monthly*, 273, 2: 44-76.
- Kothari, Rajni
1997 “Globalization. A world adrift”, *Alternatives*, 22: 227-267.
- Leys, Colin
1996 *The Rise and Fall of Development Theory*. Londres, James Currey.

Martin, Jane Roland

- 1994 "Methodological essentialism, false difference, and other dangerous traps, in signs", *Journal of Women in Culture and Society*, 19, 3: 630 -657.

Nayyar, Deepak

- 1997 "Globalization, the past in our present", *Third World Economics*, 168: 7-15.

Nederveen Pieterse, J.

- 1998 "My paradigm or yours? Alternative development, post development, reflexive development", *Development and Change*, 29: 343-373.

Norgaard, Richard B.

- 1994 *Development Betrayed. The End of Progress and a Coevolutionary Revisioning of the Future*. Londres: Routledge.

Preston, Peter W.

- 1996 *Development Theory*. Oxford: Blackwell.

Putnam, Robert D.

- 1993 *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Rahnema, Majid (ed.)

- 1997 *The Post-Development Reader*. Londres: Zed Books.

Sachs, Wolfgang (ed.)

- 1992 *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*. Londres: Zed Books.

Scholte, Jan-Aart

- 1995 "Constructions of collective identity", Paper presented at the conference on *The Organization Dimensions of Global Change. No Limits to Co-operation*. University of Cleveland, OH.

Schuurman, Frans (ed.)

1993 *Beyond the Impasse. New Directions in Development Theory.*
Londres: Zed Books.

1997 “Emancipatory spaces in the global era”, Paper presented at
the *Wolfsberg conference*. Nijmegen, octubre 30-noviembre
1.

Shaw, Martin

1996 “The global revolution in the social sciences, the globalization
of state power as a defining issue”, paper presented at the
conference on *The Direction of Contemporary Socialism*.
University of Sussex, abril 26-28.

Sklair, Leslie

1991 *Sociology of the Global System*. Baltimore, MD: Johns
Hopkins University Press.

Stanley, Liz & Sue Wise

1990 “Method, methodology and epistemology in Feminist
Research Processes”, en L. Stanley (ed.) *Feminist Praxis*.
Londres: Routledge. 20-60.